

EL «ACOSO» Y «DERRIBO» DE GANADO VACUNO

José Rufino Martín



Este trabajo va encaminado a definir lo que es el *acoso* y *derribo* de ganado vacuno, acotándolo, describiéndolo y procurando hacerlo comprensible. Lo más alto, o la forma más importante de hacer el *acoso* y *derribo* de ganado vacuno, la que se toma como base para la calificación de los garrochistas, eran los *tentaderos* de machos a campo abierto, fueran las reses erales o utreros de ganado bravo.

Los erales bravos, en primavera, eran las reses más comunes de estos *tentaderos*. Realizaban esta tarea vaqueros y mayorales en las ganaderías donde trabajaban y, en el caso de necesitarlo, eran ayudados por trabajadores de otras ganaderías.

Estos participantes eran, a su vez, espectadores y jueces, recíprocamente, de sus respectivas actuaciones, en las que cada uno mostraba sus cualidades. Al emitir sus fallos respectivos, producían las diferentes calificaciones y establecían las distintas clasificaciones en el concurso de la totalidad de los garrochistas.

Pero no era suficiente estar bien en un *tentadero*, sino que, todos los años los garrochistas, tenían que revalidar o actualizar esa calificación inicial. Así pues, no sólo había que pasar el examen inicial, sino que tenían que examinarse todos los años y en todos los *tentaderos* donde actuaban.

Cada tentadero era un examen realizado ante un tribunal popular. A partir de los resultados y de las crónicas finales que los comentaban se alcanzaba la calificación indiscutible de cosa juzgada.

Hoy es una representación pública hecha por «profesionales», como cualquier otra –teatro, cine, opera, toros, etc.– cuyos intérpretes reciben la aceptación o el rechazo del público asistente.

Ahora bien, antes de que se produjera la mencionada profesionalización moderna y como se ha dicho, con los del gremio y por pura afición, los trabajadores de cualquier ganadería brava eran los que, sin tener que conquistar ningún trofeo ni recibir ninguna retribución, contribuían a realizar los tentaderos de machos a campo abierto, exponiéndose a los juicios de los asistentes y a los riesgos naturales de esta actividad.

Este trabajo de campo no retribuido, transformado, hoy en deporte, no ha sido elevado del todo, y por su singularidad no creo que llegue –me alegraría equivocarme– a la categoría de «profesional» como lo son hoy en día, por ejemplo, las «carreras de caballos». Sigue siendo, o debería seguir siendo, una faena o trabajo imprescindible en las ganaderías bravas, cuando de verdad se busca el ganado vacuno macho más bravo con mayor fortaleza, en fin, el más adecuado para la lidia.

Para poder *acosar* y *derribar* señalo los elementales conocimientos que debería tener cualquier jinete que vaya a realizar esta actividad, con un mínimo de garantía es decir, hay que ser jinete y disponer de caballos domados, de ganado vacuno, de un corredero y de un jinete amparador.

No voy a entrar en la preparación que deben tener los caballos que se dedican a esta actividad, ni voy a describir la

acción de *acosar* o correr el ganado, que realizan los jinetes —la denominada “collera” formada por garrochista que *derriba* y por garrochista que ampara—, movimiento previo al *derribo* y, por supuesto, imprescindible para poder *derribar* adecuadamente. Y paso de puntillas, por las diferentes clases de *derribo* que existen —abierto, cerrado etc.—; por la adecuación y coordinación de todos los elementos que deben concurrir, en la pretensión de *derribar*, una vez que la res, a juicio de la collera que está actuando, estima que está acosada; por hacer los correspondientes comentarios sobre el sitio donde se debe *derribar*. En una palabra, pretendo desnudar al *derribo* de toda la preparación que requiere, centrándome en su propio ejercicio y en las circunstancias que lo rodean.

Este trabajo, sustancialmente, comprende desde la monta del palo, o alargar la garrocha hacia donde tiene la puya tomando como referencia el sobaco del jinete, hasta que la res escogida ha quedado derribada.

Cuatro partes esenciales componen el *derribo*, a saber:

- *La acción de montar el palo.*
- *La acción de apuntar la puya de la garrocha al sitio adecuado de la res que se pretende «derribar».*
- *La acción de empujar para «derribar».*
- *La acción de salir del «derribo» o de terminar.*

1.— ¿CUÁNDO HAY QUE MONTAR EL PALO?

La garrocha debe ser montada para entrar en posición de apuntar cuando el caballo del jinete tenga guardada más fuerza y esté desarrollando más velocidad que la res que se

pretende *derribar*. Simultáneamente, la res debe tener sacada y aflorada toda su velocidad y desplegada toda la fuerza que en ese momento tenga —la res no debe esconder o guardar más fuerza y más velocidad de las que enseña— y cuando el grupo, collera y res, ordenado adecuadamente, encara el sitio donde debe *derribar*.

Una res bien acosada, sobre todo cuando se trata de becerros bravos de tentaderos, es preludio, casi seguro, de una buena caída. Apunto esto porque durante el *acoso*, la mayoría de los caballos que están actuando, cuando llega la hora de montar el palo, no están con el sosiego que esta acción requiere y, mucho menos, para la acción de empujar para *derribar*.

En el curso de la acción de *acoso*, cuando el garrochista se está preparando para *derribar*, el caballo debería estar relajado y confiado, en una palabra, debería ir *templado*. En esta posición el caballo no debe esperar un castigo del jinete para lanzarse contra la res a toda la velocidad, fuerza y fiereza que tenga, más bien debería ser acariciado por su jinete para que se relajara, se templara y le coja afición a lo que está haciendo. Con castigo, en esta acción, los caballos se destemplan y llegan a cogerle asco al *acoso*.

Aunque todo caballo que esté relajado no va apoyado en el bocado ni tirando con la boca de la mano del jinete, sin embargo, debe estar en su mano y presto para sus indicaciones. Digo indicaciones, no digo maltrato ni órdenes violentas que le conduzcan a reaccionar con movimientos bruscos e imprevistos. La violencia y las brusquedades en ese momento delicado y veloz no son buenas consejeras, más bien son el preludio de un *derribo* sin sustancia o de que el jinete falle con la puya o de que dé un *marronazo*.

Es primordial que el caballo del jinete que se está preparando para *derribar*, en esos momentos, vaya templado. Ir templado no quiere decir ir despacio. Estas dos palabras, despacio o templado, suelen ser tomadas por sinónimos, de tal forma, que se dan casos de confusión entre ambas. Con



Fig. n.º 13.— Cuadrilla de *Garrochistas* preparados para un *tentadero* (Fotografía particular).

ánimo de separar los dos adjetivos expresados, indico algunas características de los mismos, que ayudan a comprender y distinguir lo que es ir *templado* de lo que es ir despacio:

— Se puede decir con certeza que ir *templado* es acompañar la velocidad del caballo a la velocidad de la res, de forma creciente, como cuando se desliza, impulsado por la

fuerza aceleratriz, un cuerpo que tiene masa y peso por un plano inclinado. Cuando se va templado, el encuentro que se produce no es violento, por mucha o por poca velocidad que lleven la collera y la res.

En este orden de cosas, se puede afirmar que cuando la res va a toda velocidad es casi imposible hacer un *derribo* violento, destemplado, caso que se derribe, habida cuenta de que las velocidades de collera y de res no pueden ser muy diferentes, llevan casi la misma velocidad hasta el punto de que la diferencia entre ambas no es significativa. Se debe bien a que la res está, todavía, poco acosada o bien que la res acaba de salir del rodeo y se encuentra al comienzo de la carrera.

– Por el contrario, ir despacio significa, simplemente, que la collera y la res van lentos, que van al trote cansino y en esas condiciones, por lo general, la res va sin fuerza. En este ir despacio, el garrochista, al efectuar la aproximación, puede tomar una de las dos siguientes decisiones, o poner al caballo con mucha más velocidad que la que lleva la res, en cuyo caso se producirá un *derribo* destemplado, o hacer la aproximación de forma acompasada, de manera que la diferencia entre ambas velocidades no sea significativa. Ante una res sin fuerza, sin rapidez, hay que evitar por todos los medios que el caballo se lance contra la res desplegando su máxima velocidad y desarrollando todas sus fuerzas.

La aproximación correcta siempre está en función del acoplamiento que haga el conjunto jinete-caballo-res, esto es, de la relación que el jinete establezca entre la velocidad que le dé a su caballo y la velocidad que lleve la res o le haya dado a la res. Cuando la diferencia entre las dos velocidades no es significativa el *derribo* es templado y cuando la diferencia es significativa el *derribo* es destemplado. Si la res va veloz el caba-



Fig. n.º 14.— Esta imagen es un exacto reflejo de la realidad. Se trata de la actuación del mejor garrochista de todos los tiempos, don Antonio Miura, representante genuino de la edad de oro de este deporte, en un momento y en una posición clave para hacer un magnífico *derribo*, sobre lo que vierto los siguientes comentarios:

La fotografía está tomada en la finca denominada “El Conde”, situada en Isla Menor donde Miura tenía sus becerros, y en el curso de un *tentadero* de machos.

Haciendo una comparación entre el tamaño del caballo que está derribando y el becerro, se aprecia lo grande que es éste, casi tan grande como el caballo que lo está derribando.

Pero lo importante del grupo que recoge la fotografía es la dirección que lleva el jinete. Se ve que el caballo va girando hacia la derecha y el becerro también, cada uno describiendo una circunferencia distinta.

Por la postura del amparador sobre su caballo, se ve que lo va frenando para dejar pasar por delante con toda claridad al que está derribando, está dejando la salida abierta, sin ningún impedimento. En la posición que está el garrochista, el amparador ya no le hace falta, no le es necesario aunque tenga y deba estar donde está.

La garrocha está siendo clavada en el sitio perfecto, por encima del cuadril y a mitad de camino, entre el cuadril y la penca del rabo, y muy alta, o que es lo mismo, muy cerca de la columna vertebral. El becerro está doblado por su centro. El garrochista con el encuentro, lo ha hecho correr a más velocidad de la que puede desarrollar de modo que todo el que sepa de este deporte reconoce que la caída es inevitable. No la podrá evitar, la caída no tiene remedio.

llo debería ir un poco más ligero y si la res va despacio, el corcel, también debería ir un poco más ligero que la res.

Lo importante es que la diferencia entre ambas velocidades sea mínima, grata, apacible, suave, dulce, sabrosa, acompañada, *templada*.

He presenciado varias veces una forma de hacer el *derribo*, derribando, que permite resaltar la diferencia entre templado o despacio. Sólo lo he visto con ganado manso, ya que el bravo, cuando va demasiado despacio, se arranca antes de presentar el *derribo* o de volver a dejarse *derribar*. Insisto, se realizó con una erala mansa. Se hizo de la forma siguiente: una vez la res en el suelo, después del *derribo* correspondiente y antes de que la res se levantara, el jinete que le tocaba hacer el *derribo* pinchaba la res en el sitio óptimo con toda la tranquilidad que da la res en el suelo y, pinchada en el sitio exacto, la ponía de pie sin retirar la garrocha, y en esa posición, esperaba a que la res galopara y cuando alcanzaba la velocidad adecuada, en el sitio óptimo para *derribar*, la volvía a empujar y la derribaba.

En esta forma de *derribar*, si no se realiza tal como antes describo, es imposible hacer el *derribo* y deja bien claro lo que antes decía sobre el plano inclinado, sobre la creciente aceleración que hay que imprimirle al caballo con la ayuda de la fuerza aceleratriz, y sobre que la diferencia entre las dos velocidades tiene que ser mínima. Sólo produciéndose en esas condiciones podrá decirse que se ha hecho un *derribo* muy templado, despacio, y que el caballo ha ido muy bien preparado, reunido, en la mano del jinete y, presto para obedecer cualquier indicación que le hubiera podido transmitir su jinete, como bien pueden ser, la creciente aceleración y la aplicación de la fuerza aceleratriz.

Podemos llamar, por consiguiente, velocidad de encuentro, la que lleva el caballo en el momento que el jinete, con el palo montado, pincha a la res con la puya de la garrocha. Esta velocidad de encuentro es una de las determinantes que dan lugar a concretar las distintas forma de *derribar* que existen así como para hacer la clasificación de los garrochistas. En todo caso, es la velocidad de encuentro la que permite sacar o aflorar el arte que tiene el *derribo* o que ostentan los que derriban.

Para estar templado, para hacer el *derribo* acompasado, el caballo no puede estar tirando de la mano al jinete. Cuando el caballo tira de la mano del jinete, por regla general y con sus excepciones, jinete y caballo van un poco insensibles, destemplados, incómodos. En esas condiciones el jinete difícilmente puede poner al caballo en situación de obediencia confiada, relajado y cómodo. No quiero decir que el caballo templado esté aplanado o aplomado, términos muy diferentes que no están contemplados en este trabajo.

Cuando la situación de destemplado aparece suele ir acompañada de un divorcio entre jinete y caballo, de un innecesario gasto de fuerzas del jinete, que consume una energía que debería ser retenida y aplicada en otras cosas, como, por ejemplo, en obtener calma, cachaza, concentración, tiempo, buena puntería con la garrocha y elección de un buen sitio de *derribo*.

2.— ¿CUÁNDO HAY QUE APUNTAR?

Para apuntar con la garrocha al sitio adecuado de la res, es decir a la *palomilla*, se requiere que el jinete tenga

tiempo para pensar lo que inmediatamente después tiene que hacer, cuándo lo tiene y cómo lo va a hacer. Primero, que el caballo vaya acompasado y lleve buen son, que no tire de la mano, que no vaya descompuesto, que esté alerta, que esté obediente a las órdenes de su jinete. Segundo, que el amparador haga su cometido sin estorbar al garrochista —en otro trabajo podré explicar la importancia que tiene el amparador para hacer un buen *derribo*—. Tercero, que la res tenga definida su querencia, que haya aflorado o sacado todas sus fuerzas y desplegado toda su velocidad para que, no vaya a crecerse cuando la pinchen. Cuarto, que el jinete tenga elegido el sitio donde piensa pinchar que para ser correcto, debe ser dentro de la palomilla, más arriba o más abajo, más trasera o más delantera, pero siempre, dentro de esa superficie que hemos llamado *palomilla* y, quinto, que previamente, haya elegido, más fina o más gruesa, la punta y la longitud adecuada para el ganado que, en cada caso, se vaya a *derribar*.

Desde que el jinete monta el palo hasta que llega, pinchando, a empujar a la res es muy poco tiempo el que transcurre, aunque se suele hacer largo, sobre todo, si el palo lo lleva más tiempo del requerido montado pues tal apresuramiento conlleva el riesgo de agotar sus fuerzas. Y se hace más corto, aun más de lo corto que en realidad es, sobre todo, cuando se piensa en el conjunto de cuestiones que, como hemos dicho, se han de preparar.

Es, también, cuando hay que buscar la reunión con el amparador, es cuando se tiene que coger el arco de la circunferencia que va a recorrer el jinete y que debe inclinarse en la dirección que llevan las agujas del reloj —tal como lo describo

en mi libro¹—, detrás del que va a recorrer la res, por indicación del garrochista y del amparador, collera que se debe ir juntando, aproximándose un caballista al otro, sin salirse del campo de visión de la res, y sin que los caballos se pisen, quedando, siempre, el caballo del garrochista que prepara el *derribo* algo más adelantado que el del amparador, como forma de señalar la existencia clara de una salida libre para que no obligue, en ninguna circunstancia, al caballo del que está derribando a saltar por encima de la res derribada.

La garrocha, una vez montada, siempre se tiene que mantener en la misma dirección que lleva el caballo y cerca de la oreja derecha de éste. La garrocha, aunque lleve la dirección del caballo, por ser quien la transporta, puede que la puya no señale la misma dirección que lleva el caballo. El ejemplo claro de este matiz se ve cuando estando la garrocha cruzada delante del jinete lleva, necesariamente, la dirección del caballo, pero no señala la dirección que lleva el caballo. Para que la garrocha señale la misma dirección que lleva el caballo tiene que seguir la línea recta que se forma entre el sobaco derecho del jinete que la porta y la oreja derecha del caballo que monta.

Cuando la garrocha no está en esa dirección o la pierde, ya sea por defecto de colocación del jinete cuando se aproxima a la res para derribarla, ya sea por el efecto del empuje que hace el jinete para *derribar*, no se efectúa un *derribo* ortodoxo. En efecto, el jinete, no podrá con ese embroque sostener al caballo en la dirección de *derribo*. El

¹ Rufino Martín, J.: *Pinceladas sobre acoso y derribo de ganado vacuno*, Sevilla, Eds. Guadalquivir, 1996. Puede leerse su recensión en *Revista de Estudios Taurinos*, 1996, n.º 5, págs. 225-242.

caballo se aliviará del empuje, pues se apartará de la dirección adecuada ayudado por las contrafuerzas que monta la res ante las fuerzas que inicialmente ha recibido. El caballo que se sale del *derribo*, no está rematado, ni aguanta, ni soporta, ni sigue, ni aumenta las fuerzas que emplea, como debiera hacerlo, con la ayuda del brazo de palanca que forma la garrocha. Es posible, también, porque el jinete, sin darse cuenta, lo saque del sitio adecuado.

Las fuerzas que se emplean para efectuar un *derribo* proceden de las musculares que tienen, sumadas, el caballo y el jinete más la inercia que lleva la masa caballo-jinete que, como se sabe, es una función de la velocidad con que, en cada caso, se desplaza. Estas fuerzas son transmitidas y ampliadas por dos palancas: una la del cuerpo del jinete y otra la de la dimensión de la garrocha.

Los puntos de apoyo de estas dos palancas son: la montura del caballo para la del jinete y el brazo del jinete, para la de la garrocha. Mirando bien estos dos puntos de apoyo se ve, con claridad, que están uno sobre el otro, en posición de desequilibrio, por lo que necesitan recibir un gran equilibrio, mucha templanza, para poder trabajar y generar los frutos apetecibles que producen y se desean. Si este equilibrio se rompe, las fuerzas que generan las palancas se disipan y se entra en un cuerpo a cuerpo, jinete-res, que emplean los tumbadores de reses como indico en mi libro antes citado.

Abundando en la dirección que debe llevar la garrocha cuando aquella se pierde se abre un hueco entre la dirección correcta y la incorrecta y produce una cuña que trabaja, como todas las cuñas, de manera que mientras más golpes recibe más rompe el cuerpo donde está clavada. Y en el *derribo* este cuerpo está formado por la collera y la res cuando

han hecho la reunión. En el supuesto que antes se contempla, la cuña es golpeada por el empuje que hace el jinete para *derribar*, y mientras más golpes de empuje dé más pronto se rompe el cuerpo donde está clavada. Es dar un *lavativazo*.

Los jinetes deben cortar de raíz la presencia de la invisible cuña, incluso desistiendo del intento de *derribo* en busca de uno nuevo y limpio, aunque para ello deban contar con unos caballos fuera de serie, en cuanto a agilidad, fuerza, docilidad y doma.

La aproximación, con el palo montado, de la collera a la res que se va a *derribar* es la base de todo buen *derribo*. Se tiene que empezar señalando, mentalmente la circunferencia que debe la res recorrer, que debe imprimírsele al recorrido de la res, para que al mismo tiempo, la collera, pueda hacerla suya tal como lo he descrito en mi libro antes citado. En este momento hay que hacer una valoración de la fuerza que tenga y de la velocidad que lleve la res para medirlas con las del caballo y las del jinete. Esta medición dará uno de los siguientes resultados: 1.º, que caballo y jinete generen más fuerzas que la res, en cuyo caso puede existir un buen *derribo*; 2.º, que caballo y jinete generen fuerzas similares a las de la res, en cuyo caso se producirá un *marro-nazo*, y 3.º, que generen menos fuerzas que la res, en cuyo caso no se puede alcanzar el sitio desde donde se tiene que plantear el *derribo*.

En otro orden, la velocidad de *derribo* que marque el garrochista es muy determinante para las fuerzas que tiene que aglutinar para poder *derribar*. Toda fuerza es el producto de multiplicar la masa de cualquier cuerpo por su aceleración. No cabe duda que la masa de caballo y jinete es superior que la de la res, y si la velocidad del caballo y de la res son iguales, la

fuerzas generadas por los primeros serán superiores que las generada por la segunda. De aquí se desprende que, mientras más velocidad lleve collera y res, menos fuerza muscular hay que emplear para hacer el *derribo*.

Entonces, ¿qué pasa cuando la collera, produciendo más fuerza que genera la res, muchas veces, no *derriba*? ¿Y por qué se tiende a *derribar* lento antes que aprisa? Sencillamente, en la primera, porque el jinete, sin darse cuenta, por una causa o por otra, ha prescindido de armonizar las dos palancas que puede manejar y ha entrado en un cuerpo a cuerpo con la res y, en la segunda, porque *derribar* aprisa requiere unos conocimientos y una técnica que sólo alcanzan los que han llegado a ser maestros de este oficio. Y, es, precisamente, en este punto, donde está la raya clara que separa a los maestros de los aprendices.

Ampliado lo anterior, por simple deducción de la correlación de fuerzas generadas, se podría pensar que los garrochistas, siempre, deberían querer *derribar* a más velocidad que a menos. Paradójicamente suele pasar lo contrario, habida cuenta de que, mientras más velocidad se lleve, mejor tiento, buena mano o pulso, debe tener el jinete-garrochista para no romper el equilibrio inestable que forman las dos palancas. Esta rotura da lugar a la aparición de un cuerpo a cuerpo, que puede ser padre de algunos *derribos* que se hacen de forma lenta. Con velocidad no es posible aplicar el cuerpo a cuerpo, por más veces que se intente, ahí está la cuña para impedirlo, la que siempre está lista y preparada para actuar, en este estado de cosas, contundentemente, ante el más mínimo golpe que le den, impidiendo hacer un buen *derribo*.

Bajo otros aspectos, con la rotura producida, es más difícil hacer la puntería, determinar la velocidad de encuentro ade-

cuada, valorar las fuerzas y velocidad que guarda y lleva la res, coger la circunferencia adecuada, aprovechar la fuerza centrífuga que genera este recorrido, estar en buen entendimiento con el amparador, etc. Por último, es preciso recordar los caballos que deben estar domados a base de finura, templanza, docilidad y cariño para que lleguen a estar fijos, finos y rematados.

3.— ¿CUÁNDO HAY QUE CLAVAR LA GARROCHA PARA EMPUJAR Y DERRIBAR?

Ya estamos apuntando y haciendo la aproximación, ahora hay que pinchar, empujar y *derribar*. ¿Cómo ha de ser la puya con la que vamos a pinchar? ¿Dónde es conveniente pinchar? La puya de la garrocha debe ser fina, estar bien afilada, tener buena punta, de uno, dos o tres centímetros, de larga, según la clase de ganado que se vaya a *derribar*. Para que queden bien clavadas en la piel de cada clase de res y no resbalen por la misma las puyas, deben ser, en bravo más finas y algo más largas que en manso en las que, por su parte, deben ser más gruesas. Debe ser pinchada las palomillas de las distintas reses. Pinchando fuera de la palomilla, algunas veces también se *derriba*, pero es un *derribo* feo para el espectador y al garrochista la res se le hace muy pesada.

De los diferentes sitios donde, dentro de la palomilla, se debería pinchar la res, el próximo a la columna vertebral y por encima del cuadril es el más adecuado. Es donde se puede desequilibrar mejor a la res, al poder aplicar, con mejor rendimiento, el conjunto de fuerzas que genera jinete y caballo, las que hacen que la res que se intenta *derribar*, al aplicarle el conjunto de fuerzas generadas, con las ayudas de las

palancas y planos inclinados de la aceleración y poleas, la hacen menos pesada. Quiero decir, con ésto lo que todo el mundo sabe, y es que cuando se quiere derribar algo, se puede hacer con más facilidad, mientras la cosa sea más alta, esté más lejos del suelo y su base de apoyo sea más pequeña. Esto se da, cuando la res es pinchada en el sitio justo.

Cuando la res es pinchada en la nalga, fuera de la palomilla, aumenta la resistencia de la caída por haber sido aplicado el empuje, en un punto más cercano al suelo. Si es pinchada por delante de la palomilla, aparte de ser sitio de poca resistencia, en un lugar donde se le puede causar, a la res, un daño irreparable, y donde la polea que forma la res con su propio cuerpo tiene menor radio y, por consiguiente, para doblarla y en sustitución a esa falta de polea generada hay que aumentar considerablemente las fuerzas del *derribo*. Si es pinchada casi en la trasera del anca, no se puede hacer el *derribo*, dado que ese punto no es sensible a la acción de desestabilizar a la res como mejor forma de derribarla.

Como ejemplo, a la res le tiene que pasar lo mismo que a la persona que va corriendo muy de prisa. Cuando en ese momento la persona es empujada en la cabeza, casi seguro que se le provoca una caída, casi sin remedio, la persona cae al suelo. Los efectos del empuje recibido son, rotura de la precaria estabilidad que lleva cuando va corriendo con esa intensidad.

En física, el vuelco de todo cuerpo que esté de pie, sólo se consigue sacando la proyección perpendicular de su centro de gravedad por fuera de su base de apoyo. En las reses, el sitio óptimo de pinchar para *derribar* está lo más cerca posible de la columna vertebral y por encima del cuadril.

Y es el mejor, porque es el más alto que tiene la res; porque aplicado ahí el empuje, el cuerpo gira como una

polea; porque es el más sensible al dolor del pinchazo y, al dolerse la res pierde fuerzas. Así, el punto elegido, en la columna vertebral, por encima del cuadril es por donde, con menor esfuerzo del garrochista se puede aumentar la velocidad estable de la res, para llevarla a la inestable y producir el *derribo* con mayor facilidad.

Al tener ya la res pinchada, el garrochista tiene que mantener a su caballo caso que, indisciplinadamente trate de abandonar, en el sitio de *derribo* adecuado y en la dirección de la curvatura ya expuesta. ¡De un topetazo también se derriba, pero de este *derribo* yo no entiendo! Aquél es resultado del dominio y utilización artística de un complejo de palancas y fuerzas, de aceleraciones y momentos, la caída es un triunfo de la razón técnica y de la habilidad personal. Técnicamente, la fuerza aceleratriz es la que aumenta la velocidad de un movimiento. Es la que aplica el jinete a través de la garrocha a la res que va corriendo por delante suyo. Los muchos experimentos que se hemos hecho, con esta fuerza, cuando se estaba derribando y los resultados de los mismos, por falta de espacio, los dejo para incluirlo en otro trabajo. Pero, como resumen de ellos, puedo decir que las personas que lo han comprendido y han podido y querido aplicarlo, siempre han derribado a cualquier res con buen estilo, a cualquier velocidad, templadamente, en el sitio perfecto y con el mínimo esfuerzo, con o sin amparador.

4.— ¿CUÁNDO Y CÓMO HAY QUE SALIR DE UN *DERRIBO*?

Cuando la res está derribada hay que terminar la acción de *derribar* saliendo cerca de la res, por la amura izquierda de la collera o lo que es igual, por babor de la res derribada.

En este salir del *derribo* se tienen que dar las dos circunstancias fundamentales siguientes:

– Que al caballo no se le quite la inercia de la velocidad creciente que tenga cuando este derribando.

– Que el caballo no atropelle, saltando por encima, la res que acaba de *derribar*.

I.— EN CUANTO A LA PRIMERA:

El jinete que tiene la costumbre de intentar parar su montura y de volverla hacia la res que acaba de *derribar*, está quitándole parte de la inercia que llevaba acumulada el caballo y le ha suprimido la velocidad creciente que debería llevar. Con esta técnica el caballo aprende a pararse cerca de la res derribada y frena, antes de tiempo, el empuje que debía estar haciendo en el proceso del *derribo*. El jinete introduce un cambio de ritmo, de estar empujando a empezar a parar, en tanto quiere terminar de *derribar*, causa, en muchas ocasiones, de fallar el *derribo*, de no derribar.

Todo cuerpo que vaya lanzado, para pararse, requiere algo de espacio. Si no hay espacio, la parada se convierte en choque. Para que la masa caballo-jinete que va empujando se pudiera detener cerca de la res sin perder la inercia acumulada ni la aceleración creciente imprimida tendría que pararse en el mismo instante que la res es derribada y esto es imposible excepto que se produzca un choque.

Perder parte de la inercia que estaba acumulada y reducir la velocidad, cuando se está derribando un becerro de tentadero, es una de las causas fundamentales de que éstos se que-

den de pie, no sean derribados, aunque el jinete haya efectuado una aproximación correcta, haya pinchado en el sitio adecuado y lo esté empujando en el buen sitio de *derribar*. Y se debe a que el becerro le ha ganado la acción al caballo, ante el cambio de ritmo provocado quizás involuntariamente, por el jinete, de frenarlo para estar cerca de la res a la que está empujando antes de que la res haya sido derribada.



Fig. n.º 15.— Esta fotografía representa la terminación del *derribo* con la salida clara del jinete que está derribando. Para ello se observa un espacio entre el amparador y la res que está cayendo, por donde pasará el jinete que está derribando, sin ningún impedimento ni problema. El momento del *derribo* que está representando la fotografía, los caballos de los dos jinetes deberán mantener la inercia que le ha producido la fuerza aceleratriz dada al inicio de la aproximación, con objeto de no perder la fuerza del empuje que requiere el *derribo*. También se observa cómo, los dos jinetes van casi a la misma altura de forma que el amparador no podrá estorbarle en la salida al otro jinete (Fotografía del autor).

Hacer un buen *derribo* de un becerro de tentadero requiere, como antes ha sido expuesto, una aceleración creciente de la masa caballo-jinete. En tanto el caballo esté empujando quiere decir que no ha perdido la aceleración creciente que traía y, en consecuencia, cuando el caballo derriba, deja de empujar, pierde la resistencia al empuje, recupera su aceleración y, con ella, la velocidad creciente en que lo habían puesto en el instante de la aproximación. Terminar el *derribo* es para el caballo lo mismo que quitarle a un muelle la fuerza que lo comprime. Cuando ambos pierden la resistencia que los contradice recuperan su posición habitual. Es, entonces, cuando se puede intentar parar al caballo.

Es práctica habitual en los garrochistas poner los caballos que están acostumbrados a *derribar* mansos a *derribar* bravos. Esta diferencia no se da cuando el caballo está acostumbrado a salir de todo *derribo* con la misma inercia y con la misma velocidad creciente, resultado de la aplicación, en el *derribo* de una fuerza aceleratriz. En esas circunstancias, no es necesario hacer la conversión del caballo de manso a bravo. El caballo siempre actuará de la misma forma, de la forma que lo han enseñado, acelerando cuando ha dejado de empujar para recuperar su posición habitual.

Sin embargo, la conversión contraria, la de bravo a manso, no se practica, dado que con bravo, para terminarlo de *derribar*, se necesita mantener la aceleración creciente para hacerlo caer. Esta teórica conversión contraria da idea de lo poco necesaria que es la primera cuando el caballo está bien enseñado.

Yo he visto a muchos caballos resistirse a *derribar* o ponerse insensibles al *derribo* ante la imposibilidad que tienen de adecuarse a lo que les manda el jinete, esto es, parar

cerca de la res derribada. Además, aunque lo haya derribado, cuando se derriba ganado bravo, al quedarse cerca, le da miedo que lo sorprenda con una acometida rápida el becerro. No es bueno intentar parar el caballo cerca de la res, ni para los jinetes, ni para los caballos, ni para la tiente del becerro, ni para el espectáculo.

II.— EN CUANTO A LA SEGUNDA

La salida del *derribo* marca el *derribo* señala su terminación, dice que *derribo* se ha efectuado y, con claridad cómo se ha realizado.

En el instante de la salida de todo *derribo*, el caballo debe mantener la velocidad con que se aproximaba al encuentro la puesta por el jinete, relajado, debe comenzar a perder aceleración, debe desistir de seguir aplicando la fuerza aceleratriz, y debe quedar parado cerca de la res, no junto a la res, sin mirar para ella y sin obligarlo a volverse hacia la res ni acercarlo a ésta. Así la res derribada, si es mansa descansa y si es brava, no está provocada, se evita la arrancada para que ambas recuperen la orientación que hayan podido perder por el *derribo* que han sufrido. El jinete deberá en ese momento, acariciar al caballo para compensarlo del esfuerzo realizado y de las tensiones sufridas durante el *acoso* y el *derribo*.

La collera debe seguir paralela, sin empujarse uno al otro, algo más adelantado el jinete que ha derribado con respecto al amparador. El amparador no puede empujar al caballo del otro jinete, ni lo puede encerrar, ni teparle la salida y tomando medida, el propio caballo del jinete que ha derribado, el amparador debe dejar el espacio entre res derribada y el lugar que esta ocupando. No deben dar voces, y deben ir

disminuyendo la velocidad que llevan hasta parase en el sitio adecuando con respecto a la res derribada, esto es, al terreno prefijado para hacer los *derribos*.

Cuando el jinete que está derribando ve que su trayectoria le obligaría a pasar por encima de la res, debe reducir la velocidad del caballo, sin cambiar la buena trayectoria que llevaba, hasta que vea que la res ha salido de su camino, lo justo, para salir por el cortado, la res pero sin atropellarla. Si este accidente puede ser provocado, involuntariamente, por la colocación del amparador, debe desistir del *derribo* y, en una amigable conversación, decirle al amparador lo que debe hacer para que no vuelva a producirse el frustrante desistimiento.

La garrocha pinchada en la res que está derribada debe volver, rápidamente, a la posición de paseo.

Y yo veo que con todo esto se puede intentar hacer otro *derribo*.

Las Teatinas, Palomares del Río,
1 de septiembre de 1997

